

La omnipotencia del pensamiento: una cosmo(a)gonía freudiana.

Diego Yaiche.

“Esa premisa portentosa de un libro impenetrable a la contingencia, de un libro que es un mecanismo de propósitos infinitos, les movió a permutar las palabras escriturales, a sumar el valor numérico de las letras, a tener en cuenta su forma, a observar las minúsculas y mayúsculas, a buscar acrósticos y anagramas y a otros rigores exegéticos de los que no es difícil burlarse”.

Jorge Luis Borges “El espejo de los enigmas” en Otras inquisiciones (1952).

F, así lo llamaré, a punto de cumplir 67 años, se encuentra en un sanatorio céntrico; como no hay habitaciones disponibles se lo ubica en una, improvisando una camilla junto a otro paciente, un enano microcéfalo. El timbre de la habitación no funciona. Su médico se ha retirado y el personal de guardia es escaso. En ese horario los pocos allegados que lo acompañaban no pueden estar. Comienza nuevamente a sangrar copiosamente como lo había hecho unas horas antes cuando su esposa y su hija llegaron a la clínica para llevarle ropa limpia y lo encontraron solo, sentado en una silla, en un consultorio externo. El vendaje le impide hablar.

Un enano, pequeño y feo, que no era visto en absoluto, como la teología, parafraseando a Walter Benjamin, corre por el pasillo en su ayuda.



El año pasado, en este mismo espacio, recorrí con algunos de ustedes, los motivos que me llevaron a un decir, aquel que se afirma en la considera-

ción de que la cosa freudiana no se funda en el episodio de la seducción sino en el de la cocaína. En ese sentido es que puse a prueba la premisa de que ese hecho contingente previo, que pone en escena la proximidad como nombre Guillermo Díaz, tiene privilegio sobre la teoría del trauma.

Rehicimos juntos ese difícil camino que recorrió Freud entre 1882 y 1895, en el cual, censura mediante, un no-dicho enlazado a ese episodio se efectuó en su ser. El Inconciente va a ser ligado por Jacques Lacan a la estructura más profunda del significante [no vamos a discutir acá cuanto de estructuralista y saussureana tiene realmente esa estructura cortocircuitada por un querer alcanzar sexual], saber no saber próximo a ese no saber nada de la anorexia mental en las antípodas de la debilidad mental. Vamos hacia allí.

Pero, antes, detengámonos un momento. ¿Esta efectuación ha sido del todo lograda? O el médico investigador, en él, permaneció como Fausto bajo los pechos de la sabiduría hasta que entre 1920 y 1923 los apetitos lo empezaron a acosar, como plagas, retornando el espectro de su superior Ernst Fleischl Von Marxow, protagonista de ese episodio.



Georg Groddeckya lo alertó en enero de 1924 de que algo andaba mal en su ser. Su mujer al traducir la *Psicopatología de la vida cotidiana* al sueco reparó en su aspiración de que la *Interpretación de los Sueños* finalmente encontrara cumplida su misión por lo cual había resuelto no modificar nada más aunque tuviera 2467 errores.

En la *Psicopatología* Freud interpreta cabalísticamente esto. Le dice a Fliess: “a mi edad actual, 43, agrégale 24 y tendrás el número 67, es decir que me

he concedido veinticuatro años más de trabajo”. Sigismund Freud había nacido en 1856. ¿Qué desidia o pereza del pensamiento lo lleva a decir esto? ¿En qué descanso del camino el Logos toma el relevo de Ananké frente a la insuficiencia de la palabra para decirlo todo? ¿Dónde lo contingente se vuelve necesario?

Sin embargo esta visión no fue certera, allí donde esperaba encontrar una muerte exacta, parafraseando a Borges, halló la agonía. Por un instante lo que no era visto en absoluto tomó sus cartas en el asunto. No obstante la soberana Anankés repuesta en su trono por el Logos omnipotente y Freud habrá de hacerse someter durante 17 años a las impiadosas intervenciones de sus médicos, que no hicieron más que agravar la retracción de los tejidos cicatriciales de su boca y que obligaron a perfeccionar sucesivas prótesis, cuya utilización le producía intolerables dolores y serias dificultades para alimentarse, prótesis que gustaría escribir “hipótesis” como le confiesa a Max Eitingon. Ahí donde el equívoco no se suelta, donde lo conceptual no quiere perder sus privilegios, aparece lo que tiende al hablante a la aniquilación, como plantea Jorge Tarela. Esas prótesis-hipótesis nunca serán enteramente satisfactorias le dirá a Marie Bonaparte, pues sucede con ellas lo mismo que con la búsqueda de la felicidad; uno piensa que ya la tiene en sus manos y siempre se escapa. Y aun habiendo recibido el premio Goethe, se queja a Ernest Jones de cuan distinto valor tendría para él una prótesis pasable.

El último libro que tuvo entre sus manos fue *La piel de zapa* de Honoré de Balzac. Comentó que era lo apropiado para él porque se trataba del encogimiento y la inanición.



Volvamos a la anorexia mental. El logos moderno ha desplazado la preocupación por la articulación teoría-praxis, por el poder que da el saber, a saber cómo se sabe. A esos límites arriba por ejemplo la experiencia cognitiva de UtaFrith, quien junto con Michael Rutter y Eric Schopler se han dedi-

cado a borrar en el decir todo lo que pudiera haber de enigma en el así llamado autismo. Pensamiento que no es censura, no es cifrado. Debilidad mental que comunica los datos del medio y no localiza el deseo del Otro. El mundo según Leonard Bloomfield, paradigma del estructuralismo lingüístico norteamericano, o los Reyes de la Colina de la Fox.

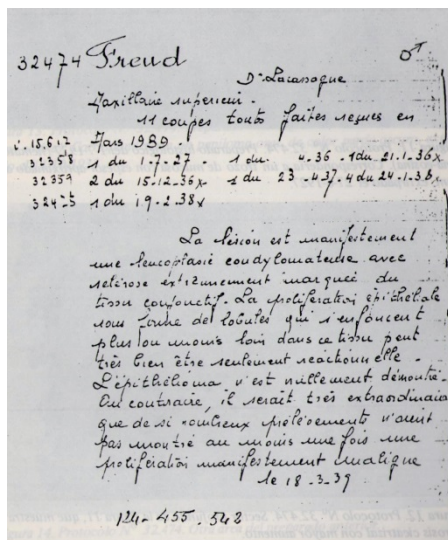
Frente a este lenguaje que es solo eso, lenguaje, hace frente la dimensión del no saber nada, dimensión sobre la que el sujeto debe situarse. Ahora, ¿cómo y por qué vías empíricas se accede a esta posibilidad? ¿Cómo un niño llega acceder al hecho de que sus padres no sepan todos sus pensamientos?



La anorexia no es una rareza, todos los niños pasan por un momento anoréxico. Todos los niños, si la cosa va bien, se enfrentan en algún momento con la potencia caprichosa de una Pachamama, esa que se ríe de la fatalidad de Ananké y puede rehusar nuestras demandas o repartir sus dones y no siempre en tiempo ni forma. Y en ese don que no se obtiene, el objeto de nuestra frustración luego del primer aplastamiento bajo los pechos nutricios o de la sabiduría comienza a vaciarse, a convertirse en una nada. Pero no nos engañemos, no recorreremos una procesión que va de la necesidad, necesidad que no es primaria como los casos de marasmo por hospitalismo que describió René Spitz nos lo muestran, al don del amor y de su denegación nuevamente a la necesidad. Este volver sobre la necesidad como la muchachita que ahoga su pena de amor en un sándwich de milanesa o en lo que sea, no es volver sobre ella, porque de ahí en más lo que va a adquirir valor simbólico es el modo de aprehensión, ese que deja al niño en posesión de un objeto que se transformó en una nada. Nuestro niño borgeano ya convertido en un tahúr, no apreciará más cabalísticamente y canibalísticamente la doctrina sino los procedimientos que a ella conducen. Y si la necesidad no es primera

menos aún lo es la oralidad. Ese saber nada, ese saborearla, será una primera resistencia a la omnipotencia del pensamiento que no se elabora en el plano de la acción bajo la forma del negativismo sino en el del performance del objeto que se nos ha revelado bajo el signo de la nada. Ese objeto que se ha hecho humo y cuyos estigmas pueden querer ser borrados encarnizadamente.

Según la minuciosa investigación del oncólogo argentino José Schavelzon, las lesiones producto de la palatitis nicotínica crónica y la papilomatosis florida oral que presentaba Freud se transformaron probablemente en un carcinoma típico por la acción del trauma protésico y de las radiaciones aplicadas en exceso.

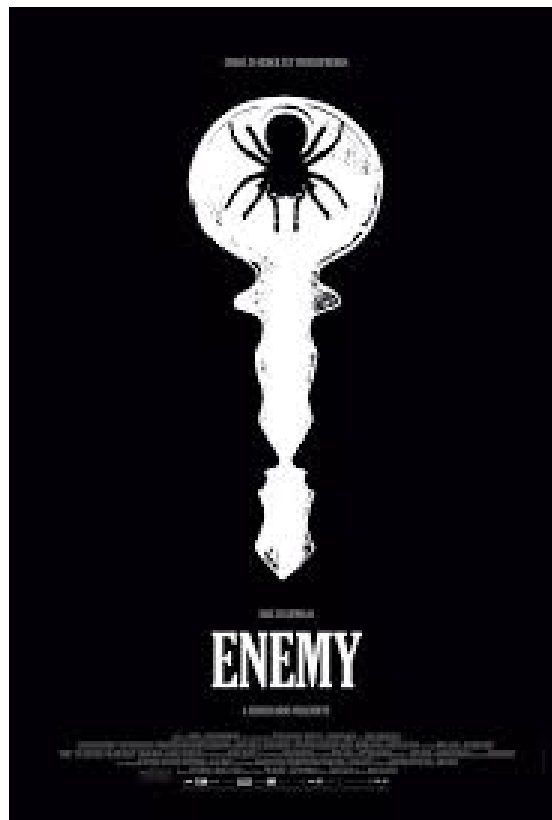


Divina atracción por los rayos, aplicados en proporciones muy por encima de lo recomendable incluso en esa época, que hace pensar en esos rayos divinos que podían leer los pensamientos de Daniel Paul Schreber “sin falsificarlos”, en espreferirla agoníaantes que matar a Dios,parafraseando lo que Jean Allouch señala allí,y que al inscribir el drama del sabio fuera del mito de Edipo también remite a una “crisis del saber” y del “orden del universo”.

¿Qué hizo Freud cuando como un perro hambriento dejó de esperar ese hueso que se le había prometido, sabiendo que esa segunda astilla que intentaba abrirse paso al exterior a través de su mejilla era suya, como le había dicho a Eitingon? Tomó la mano de su médico de cabecera Max Schur y le recordó la primera conversación que habían tenido diez años antes.

¿Qué ocurre cuando la intersubjetividad no es trampa de acceso que retroactivamente abre las puertas de la proximidad que así se convierte en su con-

dición y efecto? ¿Qué pasa cuando la intersubjetividad no conlleva la inaccesibilidad del Otro en su seno? Cuando ese hueso de lo real no pasa por esa máquina kleiniana de nadización, como señala Marie Claude Thomas, o de niquilación simbólica como prefiere llamar Jorge Tarela, algo retorna como aniquilación. Un duplicado adviene que le recuerda al sujeto que perdió la brújula y olvidó uno de los dos laberintos que presiden las vías de nuestro destino.

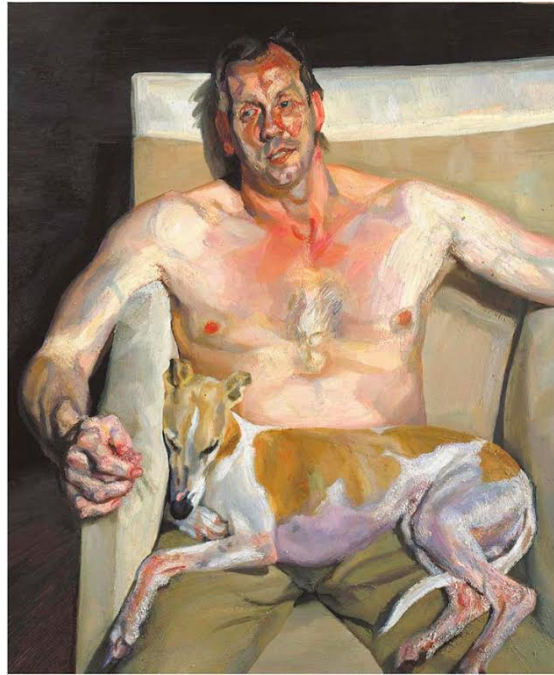


¿Qué pone la directora de la miniserie de la BBC del ciclo Grandes Vidas, Moira Armstrong, como telón de fondo de ese apretón de manos? Cual Red Scharlach, el sosías de Jorge Luis Borges, el espectro de Ernst Fleischl Von Marxow, se presenta ante F quien se ve transportado a Viena, a punto de huir raudamente a París, luego de ser blanco de las críticas de toda la comunidad médica. Antes de despedirlo le recuerda que su destino es una contingencia, la de haberse infectado de un cadáver, que no se va a morir ni por la morfina que le administró Breuer ni por la cocaína que le suministró el propio Freud para que se aplique por vía subcutánea. Y un pedido de eutanasia enciende el aire y nos deja en vilo...

Entonces, antes de dejarlos, siguiendo las consideraciones de Jorge Tarela respecto a los quebrantos de la niquilación como operación, un interrogante. ¿Lo prójimo que va al lugar del saber no saber de Freud se declara en esa mirada incorpórea del cuerpo y sus laceraciones, ese pintar la piel, esa

piel hecha carne, que figura la pintura de su nieto Lucian amigo de Francis Bacon, y que compromete la visión burguesa familiar de la arquitectura de su padre Ernst? Quedará pendiente.

Para terminar, entre el concepto y el decir, entre la aniquilación y el temor a la propia muerte, entre lo mortífero familiar y lo prójimo, la censura. En eso también la *Psicopatología* tiene su cifra equívoca, pero se la debemos al dramaturgo Frank Wedekind.



En la tensión del director con su inquietante doble en escena veremos surgir esa diferencia mínima en el libreto que abrirá un hiato en este antagonismo y hará de él una pieza de vodevil literalmente poco trascendental, sin meta-, pero sin ninguna duda trascendente. ¿Qué se le desliza a Freud ahí bajo la puerta cuando se detiene *sobre el olvido, los deslices en el habla, el trastocar las cosas confundido, la superstición y el error?* Escuchemos el relato.

“En la escena más importante de la pieza en un acto *La censura* [el término alemán es *Zensur*], de Wedekind, aparece la frase “El miedo a la muerte es un *Denkfehler*” [error intelectual traduce Ballesteros, falacia lógica Etcheverry]. El autor que sentía especial predilección por esta escena, rogó en el ensayo al actor a quien correspondía decir esa frase que antes de *Denkfehler* hiciera una pequeña pausa. En la representación, el actor entró por completo en su papel y observó la pausa prescrita, pero pronunció la frase en tono festivo [solemne dice Etcheverry] y dijo erróneamente: “El miedo a la muerte es un *Druckfehler*” [errata traduce Ballesteros, error de imprenta Etcheverry]. Cuando al finalizar la obra preguntó el actor a Wedekind si estaba satisfecho de su interpretación del personaje, le contestó que no tenía nada que objetarle, pero que la frase referida era “El miedo a la muerte es un *Denkfehler* y no un *Druckfehler*”. A la siguiente representación de *La censura* dijo el actor

en el mismo tono festivo [desde luego con el tono más solemne dice Etcheverry]: “El miedo a la muerte es un *Denkzettel*” [memorándum traduce Ballesteros, advertencia Etcheverry]. Wedekind colmó de elogios a su intérprete; pero de pasada y como cosa secundaria, le advirtió que la frase no decía que el miedo a la muerte era un *Denkzettel*, sino un *Denkfehler*.

A la noche siguiente volvió a representarse La censura, y el actor, que ya había trabado amistad con Wedekind y había estado hablando con él sobre cuestiones de arte, volvió a decir con su gesto más festivo [con el ademán más solemne del mundo dice Etcheverry]: “El miedo a la muerte es un *Druckzettel* [impreso traduce Ballesteros, cédula impresa Etcheverry].



El cómico volvió a obtener la más calurosa aprobación del autor, y la obra se presentó muchas veces más, pero Wedekind tuvo que renunciar a oír la palabra *Denkfehler* [que estaba liquidada para siempre dice Etcheverry]". Más allá de las diferencias de tono, ¿quién está en condiciones de decir cuál es el tono apropiado para estos casos?, es imposible no ver surgir del texto mismo e imponerse no la metáfora, sino la realidad de la desaparición, de la supresión, de la *Unterdrückung*, el paso hacia abajo, que deja el lugar vacante para la función del sujeto, dominio espectral de lo pre-ontológico que no muere como observa Slavoj Žižek en su lectura de Friedrich Schelling, ahí donde se vislumbra con inquietante extrañeza **la otra escena que la familiar.**